

«Galmarini y Rufo del Campo (1963) aplicaron a la Argentina seis índices de aridez o de humedad... con resultados que, según estos autores, no satisfacen las condiciones del ambiente natural de nuestro país»;

y más adelante se afirma la inadecuación a estos ámbitos de las clasificaciones más comúnmente utilizadas, diciendo

«También Burgos (1968 y 1970) señaló dificultades semejantes al aplicar los sistemas fitoclimáticos de Köppen (1931), Thornthwaite (1931), Holdridge (1947), Thornthwaite y Hare (1955) y Budyko (1956) a la provincia de Buenos Aires y a la región del Nordeste argentino» (BRUNIARD, 2000; pág. 22).

La búsqueda de un modelo que responda a las evidentes deficiencias de estas clasificaciones elaboradas en su mayoría a mediados del siglo XX hace que la bibliografía en que se fundan y que se utilizan como referencia en los tres libros comentados esté constituida sólo por trabajos clásicos publicados hace más de cuarenta años. Así, por ejemplo, los modelos clasificatorios fitoclimáticos y bioclimáticos recientemente elaborados en España, como los de Montero de Burgos y González Reboilar (1972), de Rivas Martínez (1983) o de Allue Andrade (1990) parecen ser absolutamente desconocidos para Enrique Bruniard, aunque en algunos casos se aprecian coincidencias o aproximaciones significativas.

Puede decirse en conclusión que la obra reseñada constituye una aportación a la Fitoclimatología de notable envergadura, digna de ser conocida y tomada en consideración por los geógrafos españoles, que tiene acreditada ya su validez y aplicabilidad en el área donde el modelo de clasificación ha sido elaborado, pero que necesitaría una adaptación cuidadosa para adecuarlo a las condiciones ambientales europeas en general y españolas en particular.— CONCEPCIÓN FIDALGO HIJANO y JULIO MUÑOZ JIMÉNEZ

### *Luces para discernir la faz cambiante de la ciudad\**

Desde que viera la luz *Capitalismo y morfología urbana en España*, obra cinco veces impresa entre 1975 y 1990, y texto de obligada lectura para los estudiantes de Geografía Urbana en los ya lejanos años de la transición

democrática, Horacio Capel no había vuelto a abordar, dentro de su amplia producción bibliográfica, estudios generalistas sobre la materia. Con la aparición del denso volumen primero de *La morfología de las ciudades*, publicación número 37 de la prestigiosa colección «La Estrella Polar» que dirige, este autor acomete un ambicioso y meritorio esfuerzo de síntesis, muy de agradecer porque, en el último cuarto de siglo, la ciudad viene siendo objeto de análisis desde variados campos disciplinares, en abierta competencia con la Geografía Urbana.

La primera parte de la obra, titulada «El estudio de la morfología urbana», es un completo repaso de los diferentes enfoques teóricos, acompañado de una detallada disección de los elementos del plano de la ciudad y los usos del suelo que contiene. Se abre con una glosa de los métodos analíticos de las formas urbanas en la geografía regional clásica, alemana y francesa, a través de la obra de autores como O. Schlüter, S. Passargue, H. Hassinger, W. Giesler, O. Jessen, R. Blanchard, un primerizo J. Tricart, P. George y E. Juillard, para pasar luego a comentar las aportaciones de los británicos Dickinson y Smailes, y fijarse de seguido en los pioneros españoles Leoncio Urabayen y Manuel de Terán. Tras estudiar los cambios metodológicos introducidos por las geografías cuantitativa y radical de las décadas de 1960 y 1970, el autor entra de lleno en las aportaciones a la morfología urbana desde otras disciplinas: la Sociología, la Economía, la Historia, la Historia del Arte, y la Arquitectura, para concluir con la percepción de que la morfología urbana está configurándose como un amplio y complejo campo interdisciplinar.

Los componentes del plano urbano los desagrega el autor en la trama viaria, casi siempre condicionada por la red caminera de origen rural preexistente, las manzanas definidas por el trazado de las calles, y la trama parcelaria del interior de las manzanas. Sobre esta última se encajan los usos del suelo, en ciclos constructivos sobre los cuales se vierten atinadas observaciones.

La segunda parte del volumen («Las formas de crecimiento tradicionales: el crecimiento irregular y las tramas ortogonales»), es una detallada investigación histórica sobre los núcleos urbanos de planta irregular, sobre los de planta ortogonal, y acerca de un elemento morfológico clave en la ciudad preindustrial, la muralla, de duradera influencia en el plano urbano.

El capítulo sobre los núcleos de plano no reglado arranca con el estudio de los de origen prerromano, atendiendo sobre todo a las fuentes arqueológicas, prosigue con el estudio de la ciudad islámica y la ciudad cris-

\* CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades. I. Sociedad, cultura y paisaje urbano*, Barcelona, Ediciones del Serbal (Colección «La Estrella Polar»), 2002, 544 págs.

tiana medieval formada por agregación de aldeas inmediatas, para concluir con un comentario sobre los aparecidos en la Edad Moderna, sobre todo en el ámbito colonial del Nuevo Mundo, en los que primaban necesidades defensivas de adaptación al emplazamiento.

El estudio de los recintos urbanos de plano ortogonal se abre con unas consideraciones acerca del empleo de trazados geométricos en las fundaciones urbanas desde los albores de la historia, en las que se señala la dificultad de discernir, en no pocas ocasiones, lo irregular de lo planificado. Se pasa, a continuación, a los planos ortogonales de las civilizaciones griega y romana, apuntándose el papel de las centuriaciones en la evolución urbana de siglos posteriores, y se continúa con el plano ortogonal en la Europa medieval y moderna. Se recogen, asimismo, las valoraciones positiva y negativa de este tipo de plano, así como la diversidad de trazados que puede contener, plasmados en los tipos de tramas viarias y plazas, tamaños de las manzanas y las parcelas, naturaleza de la edificación, y relaciones entre diversas formas de organización social y plano ortogonal.

Respecto a las murallas, se repasan todas sus variantes desde las primeras civilizaciones urbanas hasta la Edad Moderna en sus relaciones con el emplazamiento, se señalan las modificaciones sufridas por la evolución de las técnicas militares de sitio, en especial por los avances de la artillería; y se analizan sus consecuencias sobre la estructura urbana, así como su lento proceso de demolición, acelerado en el siglo XIX.

La tercera parte, que es la más extensa de esta obra, versa sobre «Los jardines y las innovaciones en el diseño urbano», asunto sobre el que las obras de morfología urbana no suelen extenderse. Como en otros capítulos de este libro, se adopta también una perspectiva diacrónica, precedida de unas consideraciones generales acerca del jardín como espacio privado hasta el siglo XIX, como espacio en que se ahorma la naturaleza de acuerdo con las representaciones ideales del territorio de sus propietarios y las posibilidades técnicas de cada momento histórico, en definitiva como la imagen edénica del paraíso, de un paraíso cerrado para muchos, en palabras del autor.

El capítulo inicial sobre el jardín formal y su incidencia en el urbanismo arranca con el estudio del jardín griego y romano, prosigue con el jardín musulmán, con el *hortus conclusus* del Occidente medieval, a medias jardín utilitario y espacio de expansión, hasta llegar a los grandiosos ejemplos del Renacimiento y el Barroco, como los jardines en contrapendiente de las *villas* ita-

lianias, o los rígidos jardines geométricos de los *chateaux* franceses. Con la Ilustración, finalmente, se introduce el modelo de jardín formal en las nuevas tramas urbanas.

Frente al modelo continental de jardín geométrico —el autor nos introduce en el capítulo 7, «El jardín como espacio natural o el hombre imita la naturaleza»—, el jardín inglés, con unas raíces sociales y culturales diferentes, se configura como un espacio domesticado que imita la naturaleza, sobremanera desde que el jardín paisajista es codificado en la segunda mitad del siglo XVII por Capability Brown, y se impone como modelo.

En el siglo XIX, estos paraísos cerrados, privativos de la nobleza, el alto clero y la realeza, se abren al fin para el disfrute público, a resultas de la presión del crecimiento urbano, de la difusión de ideas higienistas, y de la necesidad de articular espacios que actuaran como contrapunto de la sordidez de la ciudad densa. El paraíso cerrado se abre, se hace público, se convierte en jardín municipal. Es entonces cuando los jardines de la realeza abren sus puertas, cuando los modelos históricos se difunden, se mestizan y acaban desembocando en modelos eclécticos, resultado de múltiples causas que el autor analiza en profundidad.

Pero la generalización del jardín público, el prestigio histórico de los jardines privados, y en general de las bajas densidades, frente al hacinamiento e insalubridad de las tramas urbanas densas, genera utopías urbanísticas, que a la postre desembocarán, cuando los desarrollos económicos y sociales lo permiten, en un nuevo modelo, el de la ciudad-jardín, cuya difusión y variantes estudia Capel con todo lujo de detalles.

«El nuevo urbanismo», título de la cuarta parte de este libro, acoge dos nuevos capítulos; en el primero se estudia el problema de la vivienda obrera en la ciudad del primer capitalismo industrial, y las respuestas dadas a esta demanda en las décadas de 1920 y 1930, tanto desde la Administración como desde los presupuestos teóricos del Movimiento Moderno, codificados en la Carta de Atenas. En el segundo («Aplicación y crítica de los principios del urbanismo racionalista»), se analiza la construcción masiva de viviendas en la segunda posguerra mundial, a través de la promoción de polígonos y nuevas ciudades, y la crisis de este modelo a comienzos de la década de 1970.

La quinta y última parte («El urbanismo como reflejo de la complejidad histórica y funcional»), es un examen de los criterios para la identificación de tejidos urbanos, y un compendio de tipologías de tramas urbanas:

casos antiguos, ensanches, parcelaciones privadas legales, barrios de autoconstrucción y barraquismo, barrios de ciudad-jardín, y la ciudad difusa, la ciudad archipiélagos y las nuevas tipologías.

Con una bibliografía exhaustiva de casi 1.200 títulos, y referencias muy pormenorizadas y constantes a las ciudades españolas, esta obra resultará a partir de ahora de lectura y consulta imprescindible en los estudios de Geografía Urbana de España.— R. ALVARGONZÁLEZ

### *La formación del mapa político español\**

El libro de Jacobo García Álvarez, *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político español*, tesis dirigida por Josefina Gómez Mendoza, para quien lo conoce, es un fiel reflejo del propio autor. Estoy convencido de que pocas personas habrían sido capaces de trabajar con un afán tan meticuloso y detallado la cantidad ingente de fuentes bibliográficas, documentales, de hemeroteca... que aquí se abordan. Aunque para quienes lo conocemos bien, como alumno y como compañero, hay que decir que no nos ha sorprendido nada su libro, como no nos sorprendió en su día la tesis doctoral. Le sobran capacidad, inteligencia y rigor para desarrollar la dura tarea que se puso como meta. Y el resultado salta a la vista.

Una historia tan compleja como es la formación de nuestro mapa político podría enfocarse desde dos, al menos, perspectivas básicas. Bien como un repaso ligero de nuestra historia, para centrarse posteriormente en el análisis de la creación del mapa autonómico, bien como lo hace Jacobo, es decir, sin dejar un cabo suelto. Pero sólo así, como lo ha hecho él, con esa investigación larga y pausada, llena de reflexión, es posible encontrar el hilo conductor que enlaza, de manera continua y precisa, nuestra historia con nuestro presente. Está claro que el mapa autonómico tiene todo un legado histórico a sus espaldas, pero pocas veces se ha puesto de manifiesto de manera tan contundente.

Cualquiera de los capítulos de este voluminoso libro, son casi ochocientas páginas, tiene valor por sí mismo, como por ejemplo ese capítulo inicial en el que

se hace un excelente repaso metodológico y teórico de la región, uno de esos asuntos siempre inconclusos en la disciplina geográfica. O la revisión de las regiones históricas en España, preámbulo necesario para el análisis de la división provincial durante el apasionante período de 1812 a 1833. Sin olvidar, por supuesto, las páginas dedicadas al estudio del proceso que desemboca en el mapa autonómico de 1978, al que se llega tras el exhaustivo análisis, asimismo, de todo lo referente al siglo que le precede.

En todo caso, son dos —aunque no los únicos— los aspectos que me importa destacar, aunque casi coincide con lo tratado por Antonio Morales Moya o Andrés de Blas Guerrero en sus elogiosos y atinados comentarios. En primer lugar, me quiero referir a su estudio del período antes mencionado de 1812 a 1833, supongo que llevado por mi interés particular por nuestro siglo XIX. El estudio de Jacobo García sobre la configuración del mapa provincial español es, sencillamente, magnífico. No es el primer autor en reivindicar la obra que culmina en el Decreto de 30 de noviembre de 1833, pero no está de más poner de manifiesto una delimitación que, a pesar de las duras críticas sufridas a lo largo de muchos años durante el siglo XX, se ha mantenido de forma prácticamente indiscutible, apoyada en tradiciones históricas y respetuosa, en la medida en la que es posible conjugar tradición y geografía, con la estructura territorial del país. El autor ha tenido la gran virtud de sintetizar los larguísimos debates, las numerosas intervenciones y todo lo que se dijo y escribió en torno a la configuración provincial. Las anécdotas, los comentarios de prensa, no hacen sino reforzar el gusto por su lectura. Porque éste es uno de los méritos del libro, que está hecho además de forma amena y fácilmente digerible por cualquier lector con un mínimo de conocimientos sobre esos años; algo que también hay que destacar, ya que a pesar de lo que su título y su volumen puedan llevar a pensar, se lee con facilidad y de forma apasionada, en la mejor tradición de los estudios de Geografía histórica, o de historia territorial, que tanto da.

El buen trabajo de investigación y síntesis realizado por el autor para el período señalado abre muchas de las claves para el entendimiento de lo que vendrá en posteriores decenios, cómo se va gestando la idea nacionalista, cómo se enseña la Geografía de España, gracias asimismo al detallado análisis de los libros de texto que, durante todo el período que abarca desde finales del siglo XIX hasta la Constitución de 1978, fueron creando una imagen regional de España que, en buena parte, se plasmará en el actual mapa autonómico.

\* GARCÍA ÁLVAREZ, J.: *Provincias, regiones y comunidades autónomas. La formación del mapa político español*, Secretaría General del Senado, Madrid, 2002, 777 págs.